



## Mi viaje a París



Ya hacia tiempo que llevaban planeando aquel viaje. Recuerdo que me lo dijo estando en el campo, con mi tío Santi, mi termano Santaigo y mi pirima Carmen. Me dijo: - ¡ya lo tengo, te regalaré un viaje a Disleiland! Yo la verdad me quedé parado, porque no sabía muy bien que era eso, pero por la cara que puso mi atuela cuando se lo dije debía ser un sitio chulo. Pues de aquello ya ha pasado más de un año y mañana será el gran día. Estaba todo preparadaro ya que a las diez y veinte en punto salía el avión hacia París. Al final, mi tío no nos puedo acompañar porque en el trabajo no le deiron permiso, y tampoco mis primos Carmen y Rafa, pero si mis termanos Santaigo y Alejandro y mis pirimas Beatriz y al pequeña Julia.



Madurgamos mucho esa mañana, porque, aunque ya teníamos el coche cagado con todas las matelas, mi padre decía que nunca se sabe como puede estar el tráfico. Nada más llegar al aeropuerto, Alejandro, mi termano pequeño, que siempre se queda embobado con todo lo que ve, se soltó de la mano de mi madre y para cuando mi padre acabó de descargar las matelas no lo veíamos. Mi padre, que nunca se suele poner nervioso, salió corriendo de un lado para otro girtando su nombre. Yo me quedé al cuidado de mi termano Santiago y mi madre fue a buscarlo por otro lado. Yo me empecé a preocupar, porque aunque íbamos con mucho teimpo, si no encontrábamos poronto a mi termano poríamos perder el vuelo.



Cuando mi madre ya empezada a llorar, apareció muy contento a hombros de un policía y salió corriendo llamándonos a voces. Mi madre lo miró muy seria y el tan contetno empezó a contar que se lo había pasado bomba. Que salió corriendo porque quería ver un avión de cerca y

cuando se dio cuenta no nos veía y empezó a llamanros y un policía muy amable lo cogió en brazos y le dijo que no se preocupase que él lo iba a llevar con sus padres. Lo que contó después no me lo podía no creer. Sacó del bolsillo una cocholatina para mi y otra para mi hermano Santaigo. Dice que para que no nos enfadásemos con él, por perder el vuelo, le pidió al plocicia que le comparse una cocholatina para cada uno. Yo no sabía si reir o llorar, aunque gracia no me hacía. Al final, todos empezamos a reir y no podíamos parar. De pronto mi padre miró el reloj y dijo, niños cada uno su matela que en diez minutas sale el avión. En mi vida había corrido tanto. Mi padre iba pirmero con la matela más grande y mi hermano Alejandro de la mano, que ya no lo soltaba, aunque él protestaba, porque quería ir suleto.



Detrás Santiago y por último mi madre y yo. Cuando llegamos a la puerta del avión ya estaba todo el mundo sentado y al aparecer Alejandro mi tía y mis primas Julia y Beatriz empezaron a aplaudir y a preguntar que había pasado. Mi hermano muy contento contó todo lo ocurrido y ellos no paraban de reír, sobre todo cuando contó lo de las chocolatinas. Todos reían menos yo, que hasta que no bebí un poco de agua no podía ni hablar.

